

RESEÑA A
LOS ERRORES DE LA VIEJA ECONOMÍA
DE JUAN RAMÓN RALLO

MARÍA BLANCO GONZÁLEZ*

El libro que nos ocupa era un libro necesario. Y, por desgracia, sigue siéndolo. Publicado hace más de un año, podemos observar con sólo leer los periódicos, que el mensaje keynesiano sigue triunfando entre propios y extraños. Y no es porque el análisis del profesor Rallo sea endeble, poco fundamentado o confuso. El libro es osado, brillante y completo. Sin embargo, las ideas keynesianas, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y lo que llevamos de XXI ha permeado en universidades, escuelas, medios de comunicación, redes sociales y programas electorales. Hará falta un esfuerzo titánico de limpieza para deshacer todos los errores inoculados en la sociedad.

Esa es la razón por la que no hay que desfallecer en la tarea de rebatir desde todos los puntos de vista la perversión keynesiana. Y el profesor Rallo lo hace desde la base: la obra académica más relevante y conocida de John Maynard Keynes.

El éxito de Keynes se debe a diferentes hechos. En su momento fue una figura destacada en el mundo académico y en la vida política de Gran Bretaña. Nacido en una prestigiosa familia intelectual fue educado en el ambiente más elitista de Inglaterra. Su padre James Mill, historiador, seguidor de Ricardo y amigo de Alfred Marshall se ocupó que que el joven y brillante John Maynard estudiara primero en Eton y después en Cambridge. Rodeado de jóvenes intelectuales bohemios, conocido como el grupo de Bloomsbury, que le adulaban, Keynes desarrolló su amor por las artes dirigiendo el teatro de la universidad. Tras el fracaso

* Profesora de Historia del Pensamiento Económico, Universidad CEU-San Pablo. mariabg@ceu.es

de su propuesta de tratado de paz en 1919, que publicó con el título de *Las Consecuencias Económicas de la Paz*, siguió relacionándose con las altas esferas de la política británica. Convencido de que los funcionarios o *civil servants* eran una élite capaz de manejar los asuntos públicos, su defensa de la planificación llegó a su máxima expresión tras la Segunda Guerra Mundial, cuando representando a Inglaterra defendió el establecimiento de un sistema financiero mundial dominado por la alianza de Gran Bretaña y el Reino Unido. Afortunadamente, prevaleció la proposición del americano White, que daba más importancia al libre comercio internacional.

Además de su relevancia política, las teorías económicas propuestas por Keynes casaban perfectamente con la expansión de la esfera de actuación estatal que caracterizó el período entre las dos guerras mundiales y, especialmente, tras la segunda guerra mundial. En nuestros días, el keynesianismo, no solamente permite consolidar las hiper dimensionadas funciones del Estado, sino que también justifica la manipulación estatal de las decisiones económicas pero con una patina de libertad, falsa y superficial, que narcotiza la conciencia del individuo y le permite seguir creyendo que es libre.

Las ideas keynesianas no sustentan el capitalismo, sino su destrucción. No de una manera radical y visible como propugnaba la revolución marxista, sino lentamente, mediante la sustitución de la moral capitalista basada en que cada cual responda de sus actos, por la moral socialista que deifica al Estado y fomenta que unos pocos vivan a costa del esfuerzo de los demás. Lo que se conoce como Estado del Bienestar.

Pero la justificación de los desmanes estatales a partir de una teoría económica que los revistiera de cierto carácter científico no era original de Keynes. Por el contrario se remonta al mercantilismo. Fue entonces cuando los soberanos concedían privilegios a las grandes compañías de comercio y se justificaban gracias a los escritos de los arbitristas o mercantilistas. De la misma forma, Keynes representa la justificación de la intervención estatal por obra y gracia del equivocado modelo neoclásico.

La enunciación matemática del comportamiento económico del hombre y subsiguiente desarrollo de un modelo económico

matemático que describía la economía como un mecanismo perfecto en el que se lograba el equilibrio simultáneo de todos los mercados, brindó una oportunidad de oro a Keynes. Las circunstancias históricas, la posguerra de los años veinte y la crisis del 29, acompañaron. Keynes no tuvo más que señalar cómo ese mecanismo no era perfecto y, por lo tanto, necesitaba un «relojero» que lo ajustara: esa era la tarea del Estado.

Pero la base teórica keynesiana está plagada de errores e interpretaciones equivocadas de las ideas de los economistas que le precedieron. Ponerlos de manifiesto ha sido la minuciosa y cuidadosa tarea del profesor Rallo.

Comenzando por la confusión de Keynes respecto a la Ley de Say, Juan Ramón Rallo deshace el entuerto y explica que detrás de la enunciación keynesiana de dicha ley encierra un trasfondo mucho más perjudicial de lo que aparenta. Lamentablemente, lo que se enseña en las universidades españolas y de medio mundo es la formulación de Keynes, según la cual la Ley de Say establece que «la oferta crea su propia demanda». Jean Baptiste Say nunca dijo eso. Lo que el economista francés dijo fue que las mercancías, en última instancia, se intercambian por otras mercancías. El entorno en el que se encuadraba esa afirmación era la idea de que, a largo plazo y tomada la economía en su conjunto, no puede haber sobreproducción, es decir, no puede haber deficiencia de la demanda, como erróneamente establecía Malthus. La defensa de Malthus por parte de John Maynard Keynes requería de una interpretación muy distorsionada de las variables de las que depende la demanda efectiva.

A ello dedica Juan Ramón Rallo los primeros capítulos del libro. De ellos, el que me parece más relevante por inusual es el que destina a explicar las definiciones equivocadas de Keynes. A pesar de la advertencia del profesor Rallo respecto a lo tedioso del tema, debido a la proclividad a confundir del lenguaje de Keynes, sin una base común de definiciones sobre las que trabajar es difícil entender la lógica argumental en toda su profundidad. Y, para empezar, Juan Ramón Rallo comienza por el tratamiento de las unidades por parte de Keynes y, en concreto, la pertinencia, utilidad y corrección de la «unidad de salario» keynesiana que da pie a políticas de gasto y penalización del atesoramiento.

A continuación, se analiza el papel de las expectativas, «caprichosas y discontinuas», en Keynes, y se aborda la definición de «renta», desvelando la confusión entre renta neta y renta bruta del autor inglés. Finalmente, el profesor Rallo revisa las definiciones de ahorro e inversión en Keynes, que a tantos errores han conducido.

A partir de ahí, se hace un seguimiento, cual estaciones del «vía crucis», por los capítulos de La Teoría General de Keynes, deteniéndose y reparando cada fallo conceptual, cada indefinición susceptible de generar malas interpretaciones, del texto.

Así, Juan Ramón Rallo explica la trampa en que consiste la formulación de la propensión marginal al consumo por Keynes, que permite concebir un aumento de la inversión sin un aumento del ahorro. De esta manera, Keynes riza el rizo y asume que se puede aumentar la inversión sin dejar de consumir. Pero las bases sobre las que Keynes realiza esas afirmaciones, el supuesto de que la propensión marginal a consumir es menor a uno, dada la definición de renta manejada por Keynes, simplemente no se sostiene.

Uno de los capítulos más largos está destinado a estudiar los errores de Keynes a la hora de establecer la propensión marginal a la inversión, su funcionamiento y los supuestos sobre los que se asienta.

Los dos últimos capítulos los dedica Keynes a la teoría de precios y salarios y sus variaciones en términos nominales y reales, y a la teoría del ciclo, en palabras de Rallo como «una regularidad maníaco-depresiva».

Tras este recorrido estrictamente teórico, el profesor Rallo, siempre de la mano de Keynes, analiza las implicaciones políticas y filosóficas de la obra de Keynes, que son muy relevantes y tristemente vigentes, como ya se ha descrito al comienzo.

Finalmente, en el capítulo octavo en el que el profesor Rallo expone sus conclusiones, muy al estilo del autor, didáctico, sintético y claro, se enumeran los 25 errores de base de La Teoría General, que todo lector de Keynes y todo estudiante de económicas deberían leer.

Añadido, y muy necesario, es el capítulo dedicado a rebatir de una vez por todas el fatídico modelo IS-LM que se sigue enseñando en casi todas las universidades occidentales, propagando los errores de base de esta «vieja economía».

Una guía de lectura de *La Teoría General* completan el volumen.

En conclusión, el trabajo del profesor Rallo es la refutación definitiva a los errores keynesianos expuestos en su popular *Teoría General*. Estamos ante un libro completo, riguroso, didáctico y muy necesario.